triunfo 8 de agosto de 1970

MANOLO CARACOL

«LA PUREZA DEL FLAMENCO ES UN CUENTO»



La palabra avión se puede meter por bulerías en un cante corto: «¡Ay!, me fui en un avión, me fui a La Habana...», y ya está el avión metido...

En el número 416 (23 de mayo de 1970) publicamos una entrevista de Francisco Almazán con Antonio Mairena. Este decía entre otras cosas: "Ahora hemos llegado a un punto clave, porque yo no me voy a hacer eterno y Pastora ya murió"... En la misma entrevista, Mairena hablaba, sin citarlo por su nombre, de Manolo Caracol. La entrevista provocó una fuerte polémica entre "mairenistas" y "caracolistas" ampliamente reflejada en las páginas de "Lectores". Ahora en esta entrévista, exponemos las opiniones de Manolo Caracol.

LA CASA DE LOS ORTEGA

MANOLO CARACOL.— La casa de los Ortega es la única que se conoce. En las demás ha habido un «cantaor» o dos, pero no una rama. Yo no conozco ninguna otra casa, porque la casa de Alcalá no es ninguna casa. Los Torre han dado más y los Pavones también. Los Pavones han dado a Pastora, Tomás y Arturo; tres hermanos y ahí se acabó. Los Ortega hemos dado muchos «cantaores». Mi bisabuelo, que era Curro Dulce, que era el abuelo de mi padre, y por parte de mi madre «El Planeta», que era el inventor del polo y que fue el primer «cantaor» del mundo. O el que creó el polo, porque yo creo que los cantes no se hacen. Se hacen los roperos, las cómodas, los muebles; el cante se crea. «El Planeta» fue más antiguo que «El Fillo», y de ahí dimanan ya los Ortega. «El Fillo» era Ortega, y fue el primer «cantor» que tuvimos largo. «Cantaor» grande, «cantaor» grandioso era «El Fillo», y era de Triana. Hasta mí ha habido varios «cantaores». Ahora en este siglo veinte el de más fama, pues, creo que he sido yo, por eso le digo que mi biografía la saben hasta los niños. Yo de lo que quiero hablarle es de los problemas actuales.

«LOS FENOMENOS SIEMPRE HAN ESTADO EN MADRID»

—¿Y cómo empezó a cantar y a vivir del cante Manolo Caracol?

M. C.—Cuando debuté en Granada con lo del festival. Cuando fui con la «tournée» de Antonia Mercé, «La Argentina», y ahí empecé mi carrera artística, que no crea, ya ganaba cuatrocientas pesetas. Yo vine a Madrid el año mil novecientos veintidós, cuando gané el premio en el festival, precisamente en esta época, al teatro Centro, que hoy es el teatro Calderón, y que tenía un teatro arriba, en la terraza. Un teatro maravilloso, que existe aún el escenario. Arriba se daban espectáculos maravillosos. Los ascensores que tiene el Calderón por la parte de la izquierda y por la parte del frontón Madrid son los que transportaban a la gente a la terraza.

»En Madrid ha habido afición toda la vida. En Madrid ha habido siempre doce o catorce cafés cantantes. Los artistas grandes, los fenómenos, siempre han estado en Madrid, en el café de la Magdalena y en otros; Manuel Torre, «La Niña los Peines», Escacena, Chacón se venían a Madrid por temporadas. Madrid siempre ha sido la tierra que nos ha acogido. La frontera de llevar los cantes puros flamencos de Madrid para arriba la he hecho yo. Por España entera y por el mundo entero. Yo lo digo por la significación que yo le he dado al cante.

«ESO DE LA PUREZA DEL FLAMENCO ES UN CUENTO»

—¡Pero todo el mundo le acusa de eso precisamente. De haber llevado el cante a los teatros y haberlo cantado con orquesta, degradando así la pureza del flamenco! ¡No crea que eso le parece bueno a todo el mundo!

M. C.—¿Que no es bueno? ¿Entonces, qué es bueno? Si ahora mismito el inventor de la penicilina, el doctor Fleming, no la esparce por el mundo entero, pues no se hubieran curado los enfermos. Si el cante flamenco no lo llevo yo a que la gente lo guste y lo comprenda; o por lo menos que lo guste...

»Yo he tenido la suerte de que cuando se cantaba flamenco en las tabernas, en los colmaos y en las fiestas de la aristocracia... Ahora, cuando en Granada unos señores reunieron a los «cantaores» y dijeron: «El cante jondo». Y ahí me llevé el premio y se empezó a desarrollar el cante. Y en aquella época surgió «El Canario», Pedro Sanz, «Angelillo». Surgieron una serie de «cantaores»; pero un sector de los «cantaores», que cantaban milongas y eso..., pero el flamenco puro, llevarlo a escena con una modificación clara y con categoría, con grandeza, lo he llevado yo.

»¡Se puede cantar a orquesta y se puede cantar con una gaita! ¡Con todo se puede cantar! Con una gaita, con un violín, con una flauta... El señor que tenga arte, tenga personalidad y sea un creador en cante gitano... ¡Ahí están mis zambras y mis cantes, que todos llevan raíces de flamenco puro, que no están fijados en una cosa pasajera!..., ¡pero si eso del cante puro ha surgido ahora, de hace diez años acá, donde los flamencólogos se han dedicado a hablar de flamenco y de la pureza del flamenco! ¡Eso es un cuento! ¡Eso de la pureza del flamenco es un cuento! ¡El cantar flamenco y el hablar de que si el flamenco puro..., y lo mastica..., y lo paladea..., y lo saborea!... ¡Para él! ¡Eso no es cantar flamenco! Eso es un señor que está diciendo un sermón. El cante flamenco y el cante puro ni el que lo canta mismo lo sabe. Es un «cantaor», que ha nacido para cantar por encima de él. Los demás son copiones. Esa es la razón por la que ahora no se crea y antes se creaba.

—¿Le suena entonces diferente el cante de hoy al cante de antes?

M. C.—Sonar no puede sonar igual, porque ahora hay menos «cantaores» que antes. Antes había «cantaores» y ahora hay vividores del cante. Ahora existe el «cantaor» de oído, que se forma escuchando discos.

«EL MEJOR CANTAOR QUE HA DADO LA HISTORIA HE SIDO YO»

—¿Qué cualidades le parecen fundamentales para cantar?

M. C.—Ante todo, tener alma. ¡Cantar con ella! Dejar la cabeza distanciada del corazón y tener la voz a propósito para el tipo de cantes que vaya a realizar. Ahora, lo fundamental es tener alma y después crear.

—¿Entonces, lo fundamental es transmitir la emoción y conseguir que la gente se levante y diga ¡olé!?...

M. C.—Bueno, eso depende, porque la gente se lo dice a «El Cordobés» y no se lo dice a Antonio Ordóñez, por ejemplo. Yo le digo a usted que hoy se hablan muchas tonterías entre los compañeros. Hablan los artistas de los compañeros. Vamos, de los compañeros que sean compañeros, porque yo no me considero compañero de ningún artista de los que hay ahora. Y un niño, con veinte o veintidós años, no le puede decir en una televisión, para que lo escuchen veinte millones de espectadores, a decir él, que si Enrique «El Mellizo» cantaba peor que Chacón y que si Manuel Torre cantaba peor que Fulano. Que no ha oído a ninguno de los dos... El no puede decir... Ahí le falta la educación artística. Es un señor que lo que debe hacer es callarse y limitarse a decir: "Yo de esa época no he oído nada, ahora, de lo que yo he oído, me gusta más ese cante o me gusta más el otro». Pero no hablar porque el individuo que habla por la radio o por la emisora es un individuo que no vale nada. Se lo digo yo. Se lo digo yo que soy el mejor «cantaor» de flamenco que ha dado la historia. Usted lo puede ver en Andalucía y en cualquier lado. El mejor artista se llama Manolo Caracol, ¡creador!, ¡que ha nacido cantando! Y de ello, de mis sacrificios, de cantar tarde y noche durante cuarenta o cincuenta años en el teatro, hoy se lavan los gitanos en cuarto de baño, tienen coche y hablan de cante, cuando antes no se conocía a nadie. Yo no he conocido nada más que a Chacón, a «La Niña de los Peines», a Manuel Torre y a Tomás, y de rechazo a «El Gloria», a «La Pompi», a Escacena ¡Esa época tenía «cantaores»!...

(En la rueda de los divos hoy le ha tocado su vez a Manolo Caracol. Unas declaraciones provocan otras. A uno le gustaría que se hablara buenamente del flamenco, de su historia, de sus problemas, de su mundo..., pero, ¡ay!, parece inevitable, como por otro lado ocurre en el resto de las profesiones, el carácter competitivo de las relaciones, con la diferencia a favor de los flamencos, de que no se andan con disimulo. Quizá ocurra, por más que nos pese, que la rivalidad, el forcejeo, el individualismo, el "galleo" que aflora inmediatamente que tocamos cualquier cuestión de este mundo primitivo no sea disputa transitoria, sino uno de los principales ingredientes constitutivos del flamenquismo desde sus orígenes.)

«TOREAR Y MANDAR IMPROVISANDO»

—¿Y quién de los artistas que conoció de chaval le gustaron o le influyeron más?

M. C.—Eran distintas formas. Llegarme..., Manuel Torre; gustarme, Chacón. Tomás Pavón me bustaba mucho, me llegaba mucho. Y una gran artista, «La Niña los Peines», la mejor «cantaora» que ha dado madre. Era una «cantaora» que tenía todo, tenía altos y bajos. Y el «cantaor» que no tiene bajos no vale para nada. Hay muchos «cantaores» de esta época que cantan de cabeza cantes que no han existido nunca y que no han conocido, y los llaman cantes de Alcalá y cantes del «patatero» y de Juan Perico. ¡Eso no vale nada! Eso ha sido como si dijéramos un aperitivo del cante flamenco. Se llama

cantar, cantar y crear, que se llama torcer y mandar, improvisando ¡Eso es cantar! Yo lo que les pido a mis compañeros, por favor, que cuando hablen, que en mi época no se hablaba de nadie, únicamente cuando se estaba en una tarberna, en un bar o en un teatro, entonces a pelear y partirse el pecho cantando y ver quién era mejor; pero en la calle, públicamente, no se puede vivir del cuento, la rivalidad y la pasión sí..., pero en la escena. Usted vio el otro día, cuando Sabicas, la educación que tiene, ¡porque es un artista! Pero esos muchachos no son artistas; son cuatro de los del limón, ¡ay!, limonero... (...)

»Hoy hay menos «cantaores». Hoy, que yo sepa, de los que hay nuevos ahora me gusta «El Camarón», y de los antiguos, de los que quedan, me gusta Marchena, un creador en su estilo. Valderrama es un artista extraordinario. No es que me llegue a mí, pero es un gran artista y me gusta oírlo, aunque no me llega. Estas muchachas de Utrera (Fernanda y Bernarda) son «cantaoras». Y de ellas han copiado mucho los que están ahora en el truco. Los que están en el truco metiéndose con los artistas copian de ellas. Donde se ha cantado mejor del mundo es en Triana, Jerez y Cádiz. En Alcalá lo que hay son bizcotelas. Es lo que hay en Alcalá, bizcotelas y polvo de albero para las plazas de toros. Y entre los guitarristas, Sabicas y este muchacho Paco de Lucía, que toca muy bien la guitarra, aunque no llega al maestro, y Mario Escudero, éste que ha llegado de América. Y dentro de los gitanos tenemos a Melchor, a Ricardo, a este otro muchacho... Habichuela, Amaya... Manolo de Huelva está retirado, pero ese es un fenómeno, aunque ya tiene ochenta años. Y en el baile, después de Carmen Amaya, de esta época yo no conozco a nadie entre las «bailaoras»; ni de esta época ni delante de Carmen Amaya; no conozco a nadie.

BALANCE DE UNA VIDA

—¿Cuál considera que ha sido su mayor aportación al flamenco?

M. C.—Todo, lo he dado todo. El llevar el cante, el llevarlo a la orquesta, el llevarlo al teatro, pasearlo por América entera y después cantarle a la gente el cante caracolero. El crear el cante caracolero, que hay que ver cómo funciona: se pone un disco mío en cualquier sitio del mundo y todo el que está escuchando dice: «Está cantando Caracol».

—¿Si entra usted ahora mismo a una taberna de Tetuán, de Vallecas o de cualquier pueblecito andaluz, se quedaría escuchando la gente o se marcharía?

M. C.—Según quién cante, según quién cante... A mí me influyó mucho Manuel Torre, Tomás Pavón o todos esos «cantaores» de aquella época. Con todos me he gastado lo que ganaba, ahora yo he creado. Yo todo lo que ganaba me lo he gastado en escuchar cantar, y he llorado con ellos. Y hay otros señores que todo lo que ganan se lo gastan en droguería; en poner una droguería en Alcalá (...), y yo me lo gastaba todo en oír cantar.

—¿Qué ha recibido Manolo Caracol de la sociedad por cantar?

M. C.—He recibido cosas muy bonitas, como una condecoración de Isabel la Católica, que me dieron la Cruz de Excelentísimo, no de Ilustrísimo, como suelen darle a todos los artistas. Y después, en México, me pusieron una calle. En Buenos Aires tuve bastantes trofeos y en Jerez me hicieron hijo adoptivo de Jerez. En Málaga, una medalla de oro, que sólo se ha concedido a Pastora y a mí. Y después..., para mí, lo más bonito de todo, más que las medallas, es el cariño y el respeto con que la gente me mira, que voy por la calle andando y me dicen: «¡Mira, ese es Caracol!». No han perdido mi pista; estoy fuera del escenario hace ocho años y sigo siendo tan popular como antes. ¡Eso es ser artista! Pero que no digan tonterías. Yo le voy a pedir que ponga en el encabezamiento: «Manolo Caracol pide, por favor, a los artistas de hoy que no digan tonterías».

—Hay "cantaores" jóvenes que están metiendo letras nuevas en el cante. ¿Cree usted que el flamenco pierde algo por ello?

M. C.—Hombre, si las letras van dentro del sentimiento del cante y del que está cantando, y son buenas... No se puede cantar por martinetes y decir que un pajarillo canta en un nido. Ahora, todo lo que sea de pena, de amor, de fragua, todo eso vale.

—¿La palabra avión la metería en un cante?

M. C.—Eso según se cante. Se puede meter por bulerías en un cante corto: «¡Ay!, me fui en un avión, me fui a La Habana»..., y ya está el avión metido. Pueden hacerse letras preciosas y ganar incluso a las antiguas; con más profundidad y con más poesía.

■ **Declaraciones recogidas por FRANCISCO ALMAZAN.**